

Poemas de Armando Orozco Tovar

Licenciado en periodismo en la Universidad de La Habana (Cuba), poeta, profesor universitario, pintor. Obtuvo el primer premio en la Bienal de Poesía Novel de la Provincia de La Habana, Cuba, en 1974. (†)

Gustos

Estamos felices de vivir.
EDUARDO ESCOBAR

De la vida me gusta la música de Mozart,
pero también el vallenato. Caminar
y escribir un poema. Leer a Roque Dalton.
Recordar La Habana:
los bares donde nos sentábamos, Rafael, Reynaldo
y Luisa, en aquellos días de la gran zafra y las naranjas.
Ver los rostros a través de la ventana. Abrirla
para sentir la lluvia. Me gusta abril, Isabel
y su ternura. Mi hijo arreglando (para mañana)
sus pistolas. La risa de Alejandra y de María Fernanda
el llanto. Volver
a la infancia con sus nísperos, solares donde jugábamos
peleándonos con los amigos muertos. El tango, el Jefe.
Mi cama donde repaso el amor, donde envejezco
la tristeza.
Las cartas sin herirnos. Las palabras.
Me gustan las puertas y los puertos con árboles, pájaros
y gatos...
En fin, me gusta la vida, la vida con su muerte.

* Poemas tomados del libro *Asumir el tiempo –Poemas reunidas–*, que será editado por Ediciones Isla de Libros.

Desencuentro

Ya es hora de que pregunte por mí,
que me vaya con los ausentes,
que regrese con la lluvia.

Debo salir pronto a caminar,
pero no encuentro la calle,
los escalones de mis piernas.

Sé que debo irme en los trenes,
amarillos de barro,
subirme en el polvo de mi corazón.

Hermanos

I
De pronto, tu rostro con espejuelos
en diarios,
entre fechas en negrita,
como si hubieras muerto.

Las noticias,
los comentarios de la calle,
las aulas de la universidad,
la guagua,
el comedor,
mi casa donde vienen mis amigos,
a contarme lo que yo presentía.

Abro la puerta, la ventana, me asomo
al balcón que da a la calle Línea,
para que entre a mi pecho el viento
y los recuerdos.

Voy hacia un día sin fecha y llego
a ese otro territorio libre,
que era nuestra universidad, donde
podíamos cantar con Alejandro:
¡Cuba Sí, Yanquis No!,

Echar abajos al gobierno,
poner murales en las paredes: Bandera Roja,

por ejemplo, o la Juco, con sus hoces,
estrellas, martillos.

La cafetería era otro sitio importante,
allí planificamos más de una vez,
la toma del poder, la rectoría,
la próxima pedrea,
la solidaridad con los presos políticos,
el mitin en la iglesia San Francisco,
el apoyo a la huelga, la comida al compañero preso.
Todo menos querer ser buenos bachilleres,
ciudadanos católicos,
como lo ordena el Ministerio de Incultura,
la Constitución, cardenal o presidente de turno...

Queríamos ser libres solamente,
cambiar el estado de sitio, el lugar a las montañas,
sembrar los llanos orientales,
colonizar las selvas, recuerdo.
Llevábamos la foto de Fidel junto al retrato
de la madre o la novia y algún poema
de los que se quedaron para siempre inéditos.

Éramos la Universidad Libre de Colombia:
cátedra libre, círculos literarios,
mesas redondas, reuniones políticas, legales,
semilegales, clandestinas.
Prepararnos para las invasiones de la policía,
el intento de cierre, las elecciones
que debíamos ganarle a la derecha.

De pronto, te vuelvo a encontrar en las fotos
que trae la prensa esta semana,
como mar de invierno que golpea los muros
de La Habana.

II

Cuarenta y cinco minutos nunca pudieron
con el hombre, la vida, sueños, esperanzas.
La quebrada del Teche, como antes la del Yuro,
son el mar donde la vida siempre nace, inmensos
gualandayes de agua, cámbulos, planetas rojos
de tu sangre.

Los siete mil bandoleros del ejército
especializado en la lucha contra-insurgencia,
las cuatro brigadas de asesinos helitransportados,
lanchas patru-Lleras, personal de mando norteamericano,
no pudieron contigo ni tu vida.
Se gastaron cien millones de dólares
para hacer de la patria de Bolívar
un Jardín del recuerdo.

En octubre, el 18, a las dos en punto de la tarde,
Manuel y Antonio cumplieron con su pueblo.

Marilyn

Todavía te levanta la falda el tiempo,
Marilyn,
y la muerte no puede con tus senos
ni muslos,
por donde corría veloz la adolescencia.

Íbamos al cine del barrio
para acompañarte en la soledad tan tuya
de Los Ángeles. Aquella
que no pudieron remediar Dougherty,
Di Maggio, Miller, los millones,
la Twenty Century Fox, los barbitúricos,
el teléfono
y aquel último disco de Sinatra.

Todavía te levanta la falda el viento,
Marilyn,
y vuelve con tu cuerpo a nosotros la nostalgia.

Para Alberto Duque López ■